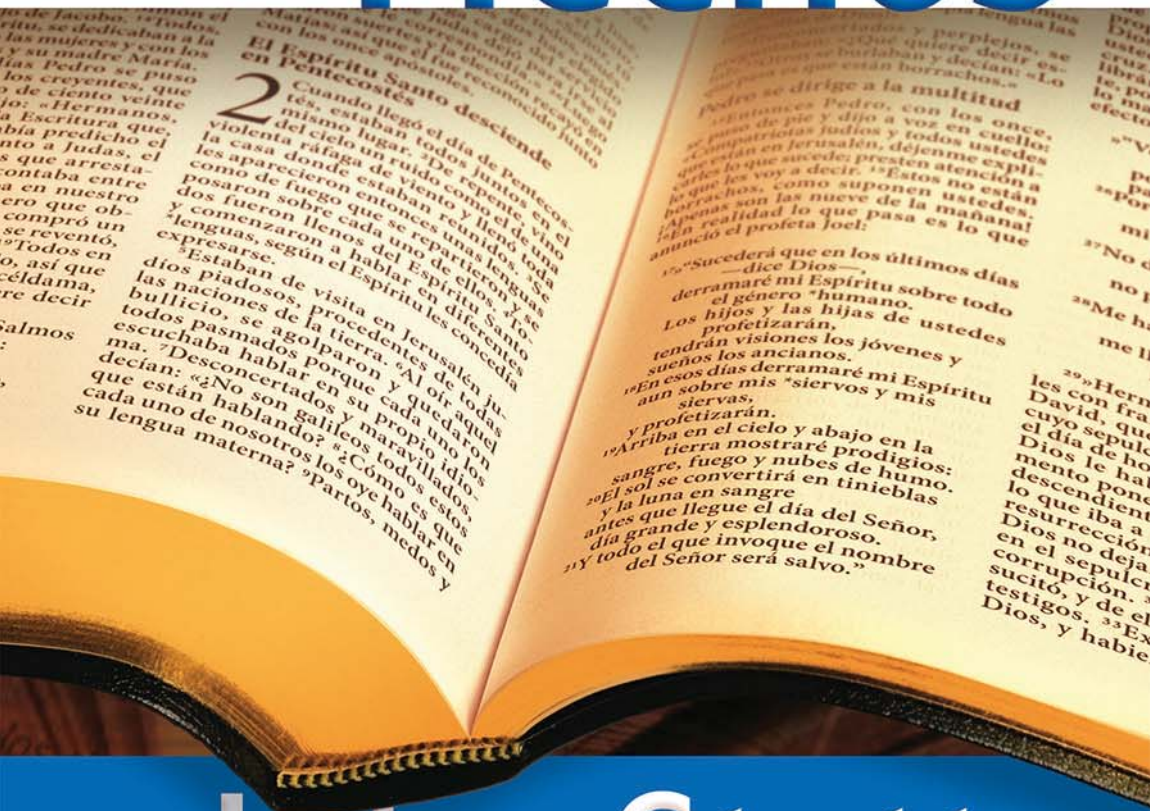
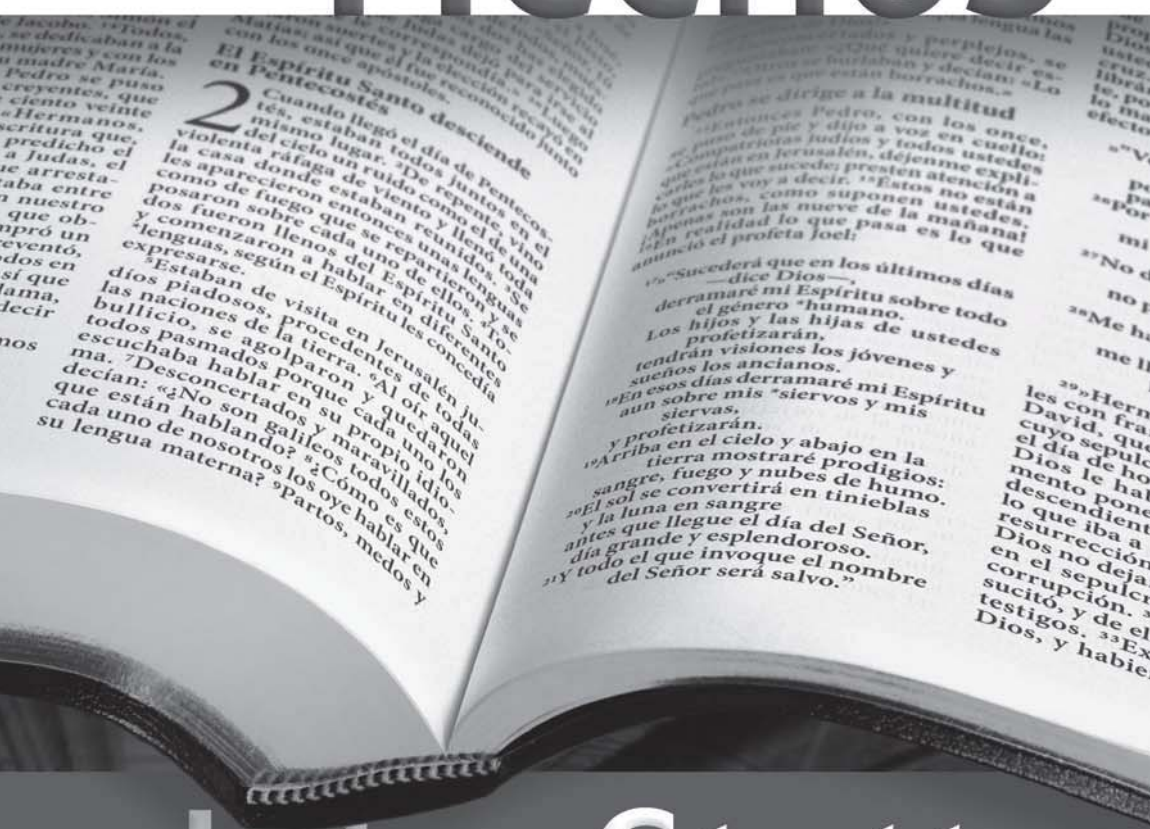


El mensaje de Hechos



John Stott

El mensaje de Hechos



John Stott



Ediciones Certeza Unida
Barcelona, Buenos Aires, La Paz
2010

Índice

Presentación	5
Prefacio del autor	7
Abreviaturas	13
Tabla cronológica	15
Introducción	17
I. En Jerusalén	
1. A la espera de pentecostés 1.6–26	39
2. El día de Pentecostés 2.1–47	63
3. El estallido de la persecución 3.1—4.31	97
4. El contraataque satánico 4.32—6.7	117
II. Fundamentos para la misión mundial	
5. Esteban el mártir 6.8—7.60	143
6. Felipe el evangelista 8.1–40	167
7. La conversión de Saulo 9.1–31	191
8. La conversión de Cornelio 9.32—11.18	211
9. Expansión y oposición 11.19—12.24	235
III. El apóstol a los gentiles	
10. El primer viaje misionero 12.25—14.28	253
11. El Concilio de Jerusalén 15.1—16.5	283
12. La misión en Macedonia 16.6—17.15	305
13. Pablo en Atenas 17.16–34	327
14. Corinto y Éfeso 18.1—19.41	347
15. Más acerca de Éfeso 20.1—21.17	375
IV. En camino a Roma	
16. El arresto de Pablo y su autodefensa 21.18—23.35	401

17. Pablo sometido a juicio 24.1—26.32	429
18. ¡Por fin Roma! 27.1—28.31	459
Guía de Estudio	487
Bibliografía	517
Notas	523

Presentación

Este libro forma parte de la serie de exposiciones publicadas en inglés por InterVarsity Press bajo el título *The Bible Speaks Today* [La Biblia habla hoy]. Igual que todas las exposiciones de aquella serie, *El Mensaje de Hechos* se caracteriza por el ideal de exponer el texto bíblico con fidelidad y relacionarlo con la vida contemporánea.

El comentario toma como base el texto bíblico de la *Nueva Versión Internacional*, e incluye la referencia a otras versiones de la Biblia. El propósito del autor es hacer comprensible el mensaje bíblico, a fin de aplicarlo a la realidad contemporánea tanto personal como de la comunidad.

Tenemos la certeza de que Dios aún habla hoy a través de lo que ya ha hablado. Nada es más necesario para la vida, el crecimiento y la salud de las iglesias o de los cristianos que escuchar y prestar atención a lo que el Espíritu les dice a través de su antigua, pero siempre apropiada Palabra.

Prefacio del autor

¡Gracias a Dios por *Hechos*! Sin este libro el Nuevo Testamento habría carecido de una parte sumamente importante de su mensaje. Tenemos cuatro relatos sobre Jesús, pero solamente uno sobre la iglesia primitiva. De modo que *Hechos* ocupa un lugar indispensable en la Biblia.

El valor de *Hechos*

Es importante, en primer lugar, por el registro histórico que ofrece. Lucas comienza su relato con el derramamiento del Espíritu el día de pentecostés y con el período de la 'luna de miel' de aquella comunidad llena del Espíritu, etapa que terminó en forma abrupta debido a la oposición de las autoridades judías. El autor sigue con la descripción del período de transición durante el cual se pusieron los fundamentos para la misión a los gentiles con el martirio de Esteban y la actividad evangelística de Felipe, la conversión de Saulo y Cornelio, y la fundación de la primera iglesia griega en Antioquía. Desde esta ciudad e iglesia cosmopolitas comenzó la misión cristiana mundial. Pablo y Bernabé evangelizaron Chipre y Galacia, y el Concilio de Jerusalén reconoció la legitimidad de la conversión de los gentiles; Europa fue alcanzada durante el segundo viaje misionero (incluidas las ciudades de Atenas y Corinto), y Éfeso durante el tercer viaje. Luego Pablo fue arrestado en Jerusalén, y a esto siguió una serie de juicios ante las autoridades, su apelación a César, y finalmente el largo viaje por mar a Roma, la ciudad de sus sueños. Allí lo deja Lucas, restringido a vivir en su propia casa alquilada, pero sin restricciones para predicar el evangelio. Sin *Hechos* no habiéramos podido reconstruir el curso de la intrépida carrera misionera de Pablo, como tampoco habiésemos podido saber cómo llegó el evangelio a las ciudades estratégicas del mundo romano.

El libro de Hechos también es importante por la inspiración que ofrece al mundo contemporáneo. Calvino lo llamó ‘una especie de vasto tesoro.’¹ Martín Lloyd-Jones se refirió al mismo como ‘el más lírico de los libros,’ y agregó: ‘Los exhorto a vivir en ese libro; es un tónico, el tónico más grande del que tengo conocimiento en la esfera del Espíritu.’² Ha sido un saludable ejercicio para la iglesia cristiana de todos los siglos compararse con la iglesia del primer siglo y procurar recuperar algo de su confianza, de su entusiasmo, su visión y su poder. Al mismo tiempo, es preciso que seamos realistas. Existe el peligro de pensar en la iglesia primitiva en forma romántica, como si no hubiera tenido fallas. En ese caso dejaríamos de ver las rivalidades, las hipocresías, las inmoralidades y las herejías que perturbaron a la iglesia de ese entonces, tanto como a la de hoy. No obstante, sobre algo no cabe duda: La iglesia de Cristo fue inundada por el Espíritu Santo, quien la impulsó a salir a dar testimonio.

La literatura sobre Hechos

Debido a su singular importancia, Hechos ha dado lugar a una enorme cantidad de literatura, por lo cual resulta casi imposible que alguien pueda leer todo lo que se ha escrito sobre él. Yo he disfrutado de algunos de los comentaristas más antiguos, que con frecuencia son ignorados hoy en día. Pienso en las 55 homilías de Juan Crisóstomo sobre Hechos predicadas en Constantinopla en el año 400 d.C., y en los dos tomos de Juan Calvino escritos en la Ginebra del siglo XVI. He podido apreciar los medulosos comentarios de Juan Albrecht Bengel del siglo XVIII, la piadosa y a la vez inteligente percepción de J. A. Alexander, el brillante lingüista de Princeton del siglo XIX, y la capacidad y mesura de William Ramsay para la arqueología, quien escribió diez libros entre 1893 y 1915 sobre Lucas y/o Pablo, de los que el más conocido es *St. Paul the Traveller and the Roman Citizen* [San Pablo, el viajero y el ciudadano romano] (1895). También me he esforzado por entender los comentarios críticos de obras liberales, tales como los cinco tomos publicados por F. J. Foakes-Jackson y Kirsopp Lake con el título *The Beginnings of Christianity* [Los comienzos del cristianismo] (1920–1932) y las 700 páginas del erudito estudio de Ernst Haenchen, de 1956.

Entre los autores contemporáneos conservadores he obtenido más ayuda de los comentarios de F. F. Bruce (griego, 1951; inglés, 1954), Howard Marshall (1980) y Richard Longenecker (1981). Lamento particularmente que la *magnum opus* del fallecido doctor Colin Hemer titulada *The Book of Acts in the Setting of Hellenistic History* [El libro de Hechos en el contexto de la historia helenista] (1989), en la prolija edición de Conrad Gempf, se publicó cuando ya no disponía del tiempo necesario para estudiarlo exhaustivamente; sólo he podido, mientras se estaba preparando este manuscrito para la imprenta, dedicar una mañana a recorrer sus páginas. Esto me ha permitido remitir al lector a una cantidad de los análisis que hace el doctor Hemer. El cúmulo de descubrimientos arqueológicos recientes (especialmente en papiros, inscripciones y monedas), que Hemer reunió y analizó esmeradamente, harán de su obra un libro de consulta clásico por muchos años de aquí en adelante. Enciclopédico en cuanto a conocimiento, escrupuloso en la investigación, y cauteloso en sus juicios, Colin Hemer ha hecho que todos los que estudian el libro de Hechos le sean deudores.

Resulta fácil hacerse eco del sentimiento expresado por William Ramsay cuando escribió: ‘Es imposible encontrar algo para decir sobre Hechos que alguien no haya dicho antes.’³ ¿Cómo, entonces, puede justificarse el agregado de otro tomo a la extensa bibliografía existente sobre Hechos? Si puede afirmarse algo distintivo acerca de este libro es el hecho de que, mientras que todos los comentarios procuran descubrir el significado original del texto, los libros de la serie en la que está incluida esta obra tienen por objeto, además, ofrecer una aplicación para nuestros días. He procurado, por consiguiente, ocuparme con integridad de algunas de las principales cuestiones que plantea el libro de Hechos para los cristianos de la actualidad. Asuntos tales como el bautismo del Espíritu y los dones carismáticos, señales y maravillas; en lo económico la práctica de la primera comunidad cristiana de Jerusalén de compartir los bienes; la disciplina en la iglesia, la diversidad de los ministerios, la conversión cristiana, los prejuicios raciales, los principios misioneros, el costo de la unidad cristiana, los motivos y los métodos empleados en la evangelización, el llamado a sufrir por Cristo, la iglesia y el estado, y la providencia divina.

La interpretación de Hechos

Pero ¿es posible saltar el abismo de diecinueve siglos entre los apóstoles y nosotros, y aplicar el texto de Hechos a nuestra situación sin manipularlo con el deseo de adaptarlo a nuestras propias opiniones preconcebidas? Claro que sí; es correcto sostener que la Palabra de Dios es siempre pertinente. Pero esto no quiere decir que podamos sencillamente leer el texto ‘a la ligera’ como si hubiera sido originalmente dirigido a nosotros en nuestro propio contexto. Es preciso que reconozcamos las particularidades históricas de la Escritura, especialmente las de la ‘historia de la salvación’ que ellas registran. En un sentido, por ejemplo, el día de pentecostés fue algo único y es irrepetible, porque el derramamiento del Espíritu ese día fue el acto final de Jesús a continuación de aquellos otros acontecimientos únicos e irrepetibles: su muerte, resurrección y ascensión. Igualmente singular en algunos sentidos fue el ministerio de los apóstoles, a quienes Jesús designó como maestros pioneros, como también la fundación de la iglesia.⁴ No tenemos ningún derecho de copiar todo lo que hacían ellos.

Es en relación con esto que tengo que decir algo acerca de la diferencia entre las partes didácticas y las partes narrativas de las Escrituras, así como acerca de la importancia de dejar que lo didáctico regule nuestra interpretación de las partes narrativas. Lo que escribí sobre esto en *Baptism and Fullness* [Bautismo y plenitud] ha sido interpretado mal por algunos lectores, y procuraré aclararlo.⁵ Destaco enfáticamente que no estoy diciendo que el relato bíblico no tenga nada que enseñarnos, por cuanto ‘toda la Escritura es inspirada por Dios y útil.’⁶ Más todavía, lo que les ocurrió a otros en épocas anteriores ha sido conservado para nuestra instrucción.⁷ Sin embargo, la pregunta que debemos hacernos es, ¿cómo hemos de interpretar estos pasajes narrativos? Porque algunos no se pueden interpretar por sí solos, aisladamente, y no contienen en sí mismos claves claras de lo que se supone que debemos aprender de ellos. ¿Son necesariamente normativos? ¿Hemos de dar por sentado que el comportamiento o la experiencia deben necesariamente imitarse o, por el contrario, evitarse?

No me refiero solamente a cuestiones carismáticas como la recepción del don del Espíritu por los samaritanos (Hechos 8). El mismo interrogante surge en relación con otros pasajes descriptivos. Por ejemplo, ¿hemos de adoptar decisiones en la iglesia local echando suertes porque esto fue lo que hicieron cuando se eligió un apóstol en remplazo de Judas (1.23–26)? ¿Hemos de tener nuestras posesiones en común, vender nuestros bienes y compartir el producto con los necesitados, como hicieron los miembros de la iglesia primitiva en Jerusalén (2.44–45; 4.32ss)? Otro ejemplo: ¿Hemos de esperar que al convertirnos veamos una luz brillante y oigamos una voz audible, como le ocurrió a Saulo de Tarso (9.3ss)? Estos ejemplos deberían dejar en claro que no todo lo que relata Hechos sobre lo que hicieron o experimentaron algunas personas ha de repetirse en nuestra propia vida. ¿Cómo, entonces, podemos decidir? Es aquí donde el aspecto didáctico debe servirnos de guía para evaluar e interpretar lo que tiene carácter descriptivo. Es preciso que busquemos enseñanzas sobre el tema, primeramente en el contexto inmediato (dentro del relato mismo), luego en lo que el autor escribe en otras partes, y finalmente en el contexto más amplio de las Escrituras en su conjunto. Tomemos un caso: la aclaración lisa y llana del apóstol Pedro a Ananías de que su propiedad le pertenecía al matrimonio y estaba a su disposición, tanto antes como después de su venta (5.4), evitará que consideremos que todas las posesiones de los cristianos deban necesariamente tenerse en común.

El texto bíblico que se emplea en todo este libro es el de la *Nueva Versión Internacional*. A veces aparece en un bloque antes de la exposición. Pero cuando el texto completo se incorpora dentro de la exposición no se ha considerado necesario presentarlo en párrafos independientes también.

Agradezco a muchas personas por haberme ayudado a preparar este libro para su lanzamiento. Agradezco a quienes a lo largo de una cantidad de años han escuchado con paciencia mis toscos intentos de exponer el contenido de Hechos, y de este modo han servido como una valiosa caja de resonancia. Menciono a los estudiantes de la Escuela de Verano en el Regent College [instituto de nivel universitario], Vancouver, en julio de 1979, y en particular a aquellos miembros de la Evangelical Fellowship [la Comunión Evangélica] de la Iglesia en Gales que en forma estoica se sometieron a períodos anuales de estudio que

EL MENSAJE DE HECHOS

se prolongaron por trece años. Luego, aprecio mucho la ayuda de los tres lectores oficiales de manuscritos pertenecientes a la editorial IVP: John Marx, Colin Duriez y, especialmente, Conrad Gempf, él mismo una persona de gran erudición en lo tocante a Hechos, quien revisó mi manuscrito con meticulosa prolijidad e hizo un buen número de sugerencias, muchas de las cuales he adoptado. Otro lector al que me siento grandemente agradecido es Todd Shy, mi asistente estudiantil en este momento. Con toda diligencia preparó el manuscrito más de una vez, hizo comentarios atinados, verificó el texto bíblico y las notas al pie de página, y preparó la lista de abreviaturas y la bibliografía. Finalmente, aunque no menos importante, quiero expresar mi invariable agradecimiento a la capaz e incansable secretaria que me ha secundado durante 33 años, Frances Whitehead, cuya tarea de escribir y corregir ha resultado menos tediosa y más agradable gracias a las computadoras.

John Stott
Pascua de 1989

Abreviaturas

- AV** *Versión autorizada (o del rey Jaime) de la Biblia*, 1611.
- BA** *La Biblia de las Américas*, Fundación Bíblica Lockman, 1986.
- BAGD** *Walter Bauer, A Greek-English Lexicon of the New Testament and Other Early Christian Literature*, traducido al inglés y adaptado por William F. Arndt y F. Wilbur Gingrich, 2ª edición, revisada y aumentada por F. Wilbur Gingrich y Frederick W. Danker de la quinta edición de Bauer, 1958; University of Chicago Press, 1979.
- BC** *Sagrada Biblia*, versión de José María Bover y Francisco Cantera Burgos, BAC, 1961.
- BJ** *Biblia de Jerusalén*, Desclée de Brouwer, 1975.
- BLA** *La Biblia Latinoamericana*, Paulinas, 1995.
- BP** *Biblia del Peregrino*, trad. de Luis Alonso Schökel, Ega-Mensajero, 1993.
- CI** *Sagrada Biblia*, versión de Francisco Cantera Burgos y Manuel Iglesias González, BAC, 1975.
- DHH** *Dios habla hoy*, Sociedades Bíblicas Unidas, 1994.
- FS** *Sagrada Biblia*, versión de Pedro Franquesa y José M. Solé, Regina, S.A., 5ª edición, 1980.
- GT** *A Greek-English Lexicon of the New Testament por C. L. W. Grimm y J. H. Thayer*, T. & T. Clark, 1901.
- JB** *La Biblia de Jerusalén (versión inglesa)*, 1966.

EL MENSAJE DE HECHOS

- JBP** *The New Testament in Modern English* por J. B. Phillips, Collins, 1958.
- LPD** *El libro del pueblo de Dios*, Paulinas, 1980.
- LXX** *El Antiguo Testamento en griego según la Septuaginta*, siglo III a.C.
- NBE** *Nueva Biblia Española*, Cristiandad, 1977.
- NEB** *The New English Bible*, NT 1961, 2ª edición 1970; AT 1970.
- NIV** *The New International Version of the Bible* (Nueva Versión Internacional en inglés), 1973, 1978, 1984.
- NVI** *Nueva Versión Internacional*, Sociedad Bíblica Internacional, 1999.
- RSV** *The Revised Standard Version of the Bible*, NT 1946, 2º edición 1971; AT 1952.
- RVR09** *Santa Biblia Reina-Valera*, revisada hasta 1909, Sociedades Bíblicas Unidas.
- RVA** *Biblia de estudio siglo XXI*, Mundo Hispano, 1982/1999.
- RVR95** *Santa Biblia Reina-Valera 1995*, Sociedades Bíblicas Unidas.
- TDNT** *Theological Dictionary of the New Testament*, ed. G. Kittel y G. Friedrich, traducido al inglés por G. W. Bromiley, 10 tt., Eerdmans, 1964-76.
- TLA** *Biblia para todos*, Traducción en Lenguaje Actual, Sociedades Bíblicas Unidas, 2002.

Tabla cronológica*

Narración en Hechos

d. C.

30 La crucifixión,
resurrección y ascensión
de Jesús (1.1-11)
Pentecostés (2.1-41)

32, 33 Esteban es apedreado
(7.54-60);
Saulo se convierte
(9.1-19)

35 ó 36 Primera visita de Pablo
a Jerusalén (9.26-28;
Gálatas 1.18-20)

43 ó 44 Es ejecutado Jacobo,
el apóstol (12.1-2)

46 ó 47 Segunda visita de Pablo a
Jerusalén (11.27-30)

47, 48 El primer viaje
misionero (13-14)

49 El Concilio de Jerusalén
(15.1-30)
Comienza el segundo
viaje (15.36ss)

50-52 Pablo en Corinto

Imperio romano

d. C.

14-17 Tiberio, emperador

26-36 Poncio Pilato,
procurador de Judea

37-41 Calígula, emperador

41-44 Herodes Agripa I,
rey de Judea

41-54 Claudio, emperador

45-47 Hambruna en Judea

49 Claudio expulsa a
los judíos de Roma

50-c. 93 Herodes Agripa II,
tetrarca del territorio
septentrional

51-52 Galión, procónsul
de Acaya

* Basada en el trabajo de Colin Hemer, pp.159-175 y 251-270. Usado con permiso.

EL MENSAJE DE HECHOS

Narración en Hechos

d. C.

- 52 Pablo regresa a Antioquía de Siria vía Éfeso y Cesarea (18.18b–22)
Comienza el tercer viaje misionero (18.23ss)
- 52–55 Pablo en Éfeso (19.1—20.1a)
- 55–56 Pablo en Macedonia (20.1b—2a)
- 56–57 Pablo pasa el invierno en Corinto (20.2b–3a)
- 57 El viaje a Jerusalén vía Macedonia, Troas y Mileto (20.3b—21.17)
Pablo es arrestado en Jerusalén (21.27–36) y llevado ante Félix (24.1–22)
- 57–59 El encarcelamiento de Pablo en Cesarea (23.23—24.27)
- 59 Pablo es llevado ante Festo y Agripa (25.6—26.32)
- 59–60 El viaje a Roma (27.1—28.16)
- 60–62 Encarcelamiento de Pablo en Roma (28.16ss)
- 64 El probable martirio de Pedro y Pablo en Roma

Imperio romano

d. C

- 52–59 Félix, procurador de Judea
- 54–68 Nerón, emperador
- 59–61 Festo, procurador de Judea
- 64 Nerón comienza la persecución de los cristianos
- 70 La caída de Jerusalén

Introducción

1. Introducción a Lucas | Lucas 1.1–4

Antes de leer cualquier libro es conveniente saber cuál fue el propósito del autor al escribirlo. Los libros de la Biblia no constituyen excepción a esta regla. ¿Por qué, entonces, escribió Lucas?

Por lo pronto, escribió dos libros. El primero es su Evangelio, libro que la tradición antigua y no cuestionada atribuye a su paternidad literaria, y que casi seguramente es el ‘primer escrito’, al que se alude al comienzo de Hechos. De modo que Hechos es su segundo escrito o tratado. Ambos conforman un conjunto. Los dos fueron dedicados a Teófilo y ambos fueron escritos en el mismo estilo griego literario. Más aun, como lo señaló Henry J. Cadbury, Lucas no consideraba que Hechos fuera ‘un apéndice o un agregado posterior’, sino parte de ‘una sola obra’, la continuación de su Evangelio. Cadbury pasó a sugerir que “con el fin de enfatizar la unidad histórica de los dos tomos ... tal vez se justifique la expresión ‘Lucas-Hechos’”¹

Volviendo a la cuestión de por qué Lucas escribió su obra en dos tomos sobre los orígenes del cristianismo, pueden ofrecerse por lo menos tres respuestas. Escribía como historiador cristiano, como diplomático y como teólogo-evangelista.

a. Lucas el historiador

Cierto es que los críticos más mordaces del pasado poco o nada confiaban en la veracidad histórica de Lucas. F. C. Baur, por ejemplo, líder de la ‘Escuela de Tubinga’ a mediados del siglo XIX, escribió que ciertas afirmaciones en Hechos ‘solo pueden verse como desviaciones intencionales de la verdad histórica a favor de la tendencia especial que denotan.’² Por otra parte, el nada ortodoxo Adolf Harnack (1851—1930), que pudo describir Hechos como ‘esta gran obra histórica,’³ también escribió en el mismo libro que Lucas ‘contiene crasos ejemplos de descuido, y con frecuencia total confusión en el relato.’⁴

Hay varias razones, no obstante, por las que debemos dudar de este escepticismo. Por una parte, Lucas sostiene en su prefacio al Evangelio

que estaba escribiendo historia real, y se acepta generalmente que su intención era que dicha afirmación debía abarcar ambos tomos. Porque ‘era costumbre en la antigüedad’, toda vez que una obra se dividía en más de un tomo, ‘anteponer al primero un prefacio para el todo’. En consecuencia, Lucas 1.1–4 ‘es el verdadero prefacio de Hechos, como también del Evangelio.’⁵ He aquí el pasaje:

¹Muchos han intentado hacer un relato de las cosas que se han cumplido entre nosotros, ²tal y como nos las transmitieron los que desde el principio fueron testigos presenciales y servidores de la palabra. ³Por lo tanto, yo también, excelentísimo Teófilo, habiendo investigado todo esto con esmero desde su origen, he decidido escribírtelo ordenadamente,⁴ para que llegues a tener plena seguridad de lo que te enseñaron.

En esta importante afirmación Lucas establece etapas sucesivas:

Primero se sucedieron los hechos históricos. Lucas los denomina ‘cosas que se han cumplido entre nosotros’ (1). Y si ‘cumplido’ es la traducción acertada, parecería indicar que estos acontecimientos no fueron ni casuales ni inesperados, sino que tuvieron lugar como cumplimiento de profecías del Antiguo Testamento.

Luego Lucas menciona a los testigos oculares contemporáneos, por cuanto las ‘cosas que ... han sido cumplidas’ posteriormente nos ‘las transmitieron los que desde el principio fueron testigos presenciales y servidores de la palabra’ (2). Aquí Lucas se excluye a sí mismo, porque, si bien fue testigo ocular de muchas de las cosas que anotará en la segunda parte de Hechos, él no perteneció al grupo de los testigos oculares ‘desde su origen’. Estos fueron los apóstoles, que fueron testigos del Jesús histórico y que luego transmitieron (este es el sentido del vocablo ‘tradición’) a otros lo que ellos mismos habían visto y oído.

La tercera etapa está formada por las investigaciones del propio Lucas. Aunque pertenecía a la segunda generación que recibió la ‘tradición’ acerca de Jesús de labios de los testigos apostólicos, no la aceptó en forma incondicional. Por el contrario, había ‘investigado todo esto con esmero desde su origen’ (3).

En cuarto lugar, después de los hechos, es decir de la tradición de los testigos oculares y la correspondiente investigación, vino la

tarea de escribir. ‘Muchos han intentado hacer un relato de las cosas que se han cumplido entre nosotros’ (1), dice, y ahora ‘he decidido escribírtelo ordenadamente’ (3). Los ‘muchos’ autores incluían, indudablemente, a Marcos.

Quinto, lo que escribió había de tener lectores, entre ellos Teófilo, a quien se dirige Lucas en particular, ‘para que llegues a tener plena seguridad de lo que te enseñaron’ (4). De manera que los hechos que se habían cumplido, que habían sido vistos y oídos, que se habían transmitido, investigado y anotado, debían ser (y siguen siendo) el fundamento de la fe y la certidumbre cristianas.

Más aun, el Lucas que sostenía que estaba escribiendo historia reunía las condiciones necesarias para hacerlo, porque era un médico⁶ culto, compañero de viajes de Pablo, y porque había residido en Palestina por los menos durante dos años.

Aun en esos tiempos lejanos los médicos recibían una formación bastante rigurosa, y el estilo elegante del griego en el que escribía Lucas es el estilo de una persona culta. También hay indicios en Lucas-Hechos de un vocabulario y un poder de observación que naturalmente se esperaría encontrar en un miembro de la profesión médica. En 1882 el erudito irlandés W. K. Hobart escribió su libro *The Medical Language of St Luke* [El lenguaje médico de san Lucas], cuyo objetivo consistía en mostrar que Lucas estaba ‘bien compenetrado del lenguaje de las escuelas de medicina griegas’⁷ y que ‘el matiz que prevalece en [su] dicción médica’ revela a un autor con conocimientos médicos, tanto en el Evangelio como en Hechos.⁸ Adolf Harnack apoyaba esta teoría.⁹ Críticos más recientes la han rechazado, sin embargo. H. J. Cadbury, después de analizar la lista de Hobart de palabras supuestamente médicas usadas por Lucas, señaló que correspondían no tanto al vocabulario técnico de la medicina como al repertorio de cualquier griego culto. Es probable que la verdad no se encuentre en ninguno de estos extremos. Aun cuando el trasfondo médico de Lucas no pueda probarse por su vocabulario, no cabe duda de que en sus escritos podría discernirse algún interés en la medicina y su terminología. ‘Instintivamente Lucas usa palabras de la medicina’, escribió William Barclay,¹⁰ y a continuación mencionó ejemplos tanto en el Evangelio¹¹ como en Hechos.¹²

Otra razón para creer la afirmación de Lucas de que estaba escribiendo historia es el hecho de que acompañaba a Pablo en sus viajes.

Es bien sabido que varias veces en el relato de Hechos Lucas cambia de la tercera persona del plural (por ejemplo, en Hechos 13.10) a la primera persona del plural (por ejemplo, ‘nos preparamos para partir’), y que por estas secciones en la primera persona del plural llama la atención, como al pasar, a su presencia, en cada caso en compañía de Pablo. En la primera oportunidad fueron de Troas a Filipos, donde el evangelio fue sembrado en suelo europeo (16.10–17); en la segunda fueron de Filipos a Jerusalén después de la conclusión del último viaje misionero (20.5–15 y 21.1–18); y en la tercera de Jerusalén a Roma por mar (27.1–28.16). Durante estos períodos Lucas seguramente tuvo amplias oportunidades de oír y hacer suya la enseñanza de Pablo, y de escribir un relato personal de sus experiencias, a las que más tarde podría echar mano.

Además de ser médico y amigo de Pablo, Lucas poseía una tercera condición para escribir historia, a saber, su período de residencia en Palestina. Ocurrió de la siguiente manera. Lucas llegó a Jerusalén con Pablo (21.17) y partió con él en su viaje a Roma (27.1). Entre un hecho y el otro hubo un período de más de dos años, durante los cuales Pablo estuvo encarcelado en Cesarea (24.27), mientras que Lucas quedó libre. ¿En qué empleó su tiempo? Sería razonable suponer que viajó a lo largo y ancho de Palestina, reuniendo material para su Evangelio y para los primeros capítulos de Hechos basados en Jerusalén. Siendo gentil, tuvo que haberse familiarizado con la historia judía, sus costumbres y sus fiestas, y seguramente habrá visitado los lugares que se hicieron sagrados por el ministerio de Jesús y el nacimiento de la comunidad cristiana. A Harnack le impresionó el conocimiento personal que tenía Lucas de Nazaret (su monte y su sinagoga), de Capernaúm (y del centurión que edificó su sinagoga), de Jerusalén (con su cercano monte de los Olivos y aldeas, y su sinagoga de los Libertos), del templo (sus patios, puertas y pórticos), de Emaús (a sesenta estadios de distancia), de Lida, Jope, Cesarea y otras ciudades.¹³

Dado que, para lo que Lucas quería entender en cuanto a la historia de los primeros años del cristianismo, la gente revestía más importancia que los lugares, con seguridad que habrá entrevistado a muchos testigos. Algunos de ellos seguramente conocieron a Jesús, como también a la ya anciana virgen María, dado que la narración que hace Lucas del nacimiento y la infancia de Jesús, incluidas las escenas más íntimas en cuanto a la anunciación, se relataron desde

el punto de vista de ella y deben en última instancia remontarse hasta ella. Otros pudieron haber estado vinculados con los comienzos de la iglesia de Jerusalén, como Juan Marcos y su madre, Felipe, los apóstoles Pedro y Juan, y Jacobo el hermano del Señor; habrán podido proporcionarle a Lucas información de primera mano acerca de la ascensión, del día de pentecostés, la predicación inicial del evangelio, la oposición del sanedrín, el martirio de Esteban, la conversión de Cornelio, la ejecución del apóstol Jacobo, y el encarcelamiento y la posterior liberación de Pedro. De modo que no ha de sorprendernos que la primera mitad de Hechos tenga un ‘colorido semítico muy marcado’.¹⁴

Tenemos buenas razones, entonces, para confiar en la aseveración de Lucas de que escribía historia; además, historiadores y arqueólogos profesionales se encuentran entre los más decididos defensores de su confiabilidad. Sir William Ramsay, por ejemplo, quien al comienzo fue un entusiasta discípulo del estudioso crítico F. C. Baur, posteriormente llegó, por medio de sus propias investigaciones, a un cambio de parecer. Nos dice en su *St Paul the Traveller and the Roman Citizen* [San Pablo, el viajero y el ciudadano romano] (1895) que comenzó su investigación ‘sin prejuicio alguno a favor de la conclusión’ a la que llegó más tarde, sino ‘por el contrario ... con una actitud mental desfavorable a ella’.¹⁵ No obstante lo cual, ofrece razones ‘para colocar al autor de Hechos entre los historiadores de primer rango’.¹⁶

Casi setenta años más tarde A. N. Sherwin-White, que era profesor de historia antigua en la Universidad de Oxford y que se describía a sí mismo como ‘historiador grecorromano profesional’,¹⁷ sostuvo decididamente la exactitud del conocimiento general de Lucas. Escribió sobre el libro de Hechos:

El fondo histórico es exacto. Desde el punto de vista del tiempo y el lugar, los detalles son precisos y correctos. Uno camina con el autor de Hechos por las calles y los mercados, los teatros y las asambleas de la Éfeso del primer siglo, o los de Tesalónica, Corinto o Filipos. Los grandes hombres de las ciudades, los magistrados, la multitud y el líder de la multitud están todos allí. ... Es semejante en el caso del relato de las experiencias judiciales de Pablo ante los tribunales de Galión, Félix y Festo. Como documentos, estos relatos pertenecen

a la misma serie histórica que los registros de juicios provinciales e imperiales en las fuentes epigráficas y literarias del siglo primero y de la primera parte del segundo d.C.¹⁸

Veamos su conclusión: 'Para Hechos la confirmación de historicidad es abrumadora. ... Cualquier intento de rechazar en adelante su historicidad básica aun en asuntos de detalle ha de parecer absurdo. Los historiadores romanos la han dado por sentado hace mucho tiempo.'¹⁹

b. Lucas el diplomático

Escribir historia no pudo haber sido el único propósito de Lucas, porque la historia que nos ofrece es selectiva e incompleta. Nos cuenta acerca de Pedro, Juan, Jacobo el hermano del Señor, y Pablo, pero no dice nada acerca de los otros apóstoles, excepto que Jacobo el hijo de Zebedeo fue decapitado. Describe la difusión del evangelio hacia el norte y el oeste de Jerusalén, pero no escribe nada sobre su progreso hacia el este y el sur, excepto lo relativo a la conversión del etíope. Describe la iglesia palestina y el período inicial posterior a pentecostés; pero luego sigue la expansión de la misión gentil bajo el liderazgo de Pablo. De modo que Lucas es más que un historiador. De hecho, es un 'diplomático' cristiano en relación tanto con la iglesia como con el estado.

Primero, Lucas desarrolla una apologética política, porque le preocupa profundamente la actitud de las autoridades romanas hacia el cristianismo. Por consiguiente, se esfuerza por defender al cristianismo ante las críticas. Las autoridades, sostiene, no tienen nada que temer de los cristianos, porque no son ni sediciosos ni subversivos, sino por el contrario legalmente inocentes y moralmente inofensivos. Y en un sentido más positivo, ejercen sana influencia sobre la sociedad.

Quizás esta sea la razón por la cual los libros de Lucas están dirigidos a Teófilo. Si bien el adjetivo *theophiles*, que significa ya sea 'amado por Dios' o 'Dios amante' (BAGD), podía ser descriptivo de todo lector cristiano, es más probable que sea el nombre de una persona específica. Y aun cuando el adjetivo *kratistos* ('excelentísimo', Lucas 1.3) podría ser simplemente 'una forma respetuosa de dirigirse a alguien sin connotación oficial alguna', o bien la 'forma honorable de dirigirse hacia personas que ocupan una posición oficial o social

superior a la del que habla' (BAGD), esto último parecería más probable porque el mismo término aparece posteriormente en relación con los procuradores Félix (23.26; 24.3) y Festo (26.25). Un equivalente moderno podría ser 'su excelencia' (NEB). Algunos entendidos han ido más lejos, sugiriendo que Teófilo era un oficial romano concreto que había oído calumnias anticristianas, en tanto que B. H. Streeter pensaba que la palabra en cuestión era 'un seudónimo prudente', más aun (sugirió) 'el nombre secreto por el cual se conocía a Flavio Clemente en la iglesia romana'.²⁰

En todo caso, Lucas menciona en forma reiterada tres puntos de apologética política. Primero, los oficiales romanos invariablemente reaccionaban en forma amistosa hacia el cristianismo, y algunos de ellos, incluso, se habían hecho cristianos, como el centurión ante la cruz, el centurión Cornelio, y Sergio Paulo, procónsul de Chipre. En segundo lugar, las autoridades no podían encontrar nada malo ni en Jesús ni en sus apóstoles. Jesús había sido acusado de sedición, pero ni Herodes ni Pilato pudieron descubrir base alguna en la acusación. En cuanto a Pablo, en Filipos los magistrados le pidieron disculpas, en Corinto el procónsul Galión se negó a juzgarlo, y en Éfeso el escribano declaró inocentes a Pablo y sus amigos. Luego Félix, Festo y Agripa tampoco pudieron condenarlo por ofensa alguna: tres absoluciones que corresponden a las tres veces que Lucas dice que Pilato declaró inocente a Jesús.²¹

En tercer lugar, las autoridades romanas admitieron que el cristianismo era una *religio licita* (una religión legal o autorizada) porque no era una religión nueva (que habría tenido que ser aprobada por el estado) sino más bien la forma más pura de judaísmo (que había disfrutado de libertad religiosa bajo los romanos desde el siglo II a.C.). La venida de Cristo representaba el cumplimiento de las profecías del Antiguo Testamento, y a la comunidad cristiana le correspondía una continuidad directa con el pueblo de Dios del Antiguo Testamento.

Esta era, por lo tanto, la apologética política de Lucas. Dio pruebas para demostrar que el cristianismo era inofensivo (porque algunos funcionarios romanos la habían abrazado ellos mismos), inocente (porque los jueces romanos no podían encontrar base alguna para perseguirlo) y legítima (porque era el verdadero cumplimiento del judaísmo). Los cristianos siempre tendrían que poder reclamar, sobre bases similares, la protección del estado. Tengo presente una

declaración presentada en 1972 por los creyentes bautistas de Piryatin al señor N. V. Podgorny, presidente del Presidium del Soviet Supremo de la URSS, y al señor L. I. Brezhnev, secretario general del Partido Comunista. Citando artículos de la Constitución de la URSS y de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, juntamente con leyes concretas e interpretaciones jurídicas, los cristianos evangélicos bautistas de Piryatin reclamaron el derecho a la libertad de conciencia y de confesión, y declararon que no quebrantaban ninguna ley 'porque no hay nada peligroso, nada opuesto al gobierno, nada de carácter fanático en nuestra actividad, sino sólo aquello que es espiritualmente útil y sano, justo, honesto, pacífico, de conformidad con la enseñanza de Jesucristo'.²²

El segundo ejemplo de la 'diplomacia' de Lucas es que él era un pacificador en la iglesia. Quería demostrar mediante su narración que la iglesia primitiva era una iglesia unida, que el peligro de la división entre cristianos judíos y samaritanos, y entre cristianos judíos y gentiles, se evitó providencialmente, y que los apóstoles Pedro, Jacobo y Pablo estaban fundamentalmente de acuerdo acerca del evangelio.

Fue Matthias Schneckenburger en su *Über den Zweck der Apostelgeschichte* (1841) quien hizo 'la primera investigación prolija en torno al propósito de Hechos'.²³ Creía que Lucas defendía a Pablo ante la crítica judeo-cristiana por su misión a los gentiles, resaltando sus prácticas judaicas y sus buenas relaciones con la iglesia de Jerusalén. También se esforzó por demostrar el paralelismo entre sus 'milagros, visiones, sufrimientos y discursos',²⁴ con el fin de 'equiparar a Pablo con Pedro'.²⁵

F. C. Baur fue mucho más lejos. Entendía que Hechos tenía un definido propósito 'tendencioso'. Tomando como fundamento más bien débil las facciones en Corinto ('Yo sigo a Pablo' ... 'Yo, a Cefas', 1 Corintios 1.12) armó una compleja teoría de que la iglesia primitiva se estaba desgarrando por conflictos entre el cristianismo judío original representado por Pedro y el cristianismo gentil posterior representado por Pablo. Consideraba que Hechos era un intento iniciado en el segundo siglo por un 'paulista' (un seguidor y defensor de Pablo) para minimizar, e incluso negar, la supuesta hostilidad entre los dos principales apóstoles, y de esta manera reconciliar a los cristianos judíos y gentiles entre sí. Mostraba a Pablo como un fiel judío, que guardaba la ley y creía en los profetas, y a Pedro como el evangelista

mediante el cual se convirtió el primer gentil. Los dos apóstoles aparecen en armonía, y no en desacuerdo entre sí. De hecho, Lucas intentó reconciliar a los ‘dos partidos que se oponían entre sí, haciendo que Pablo apareciese tan petrino como fuese posible, y, de la misma manera, a Pedro tan paulino como fuese posible...’²⁶

En general los entendidos concuerdan en que F. C. Baur y sus sucesores en la Escuela de Tubinga llevaron su teoría demasiado lejos. En realidad no hay pruebas de que en la iglesia primitiva hubiese dos cristianismos (judío y gentil) encabezados por dos apóstoles (Pedro y Pablo) irreconciliablemente opuestos entre sí. Es probable que Baur haya sido influido por el entendimiento dialéctico que tenía Hegel de la historia en cuanto a un conflicto recurrente entre tesis y antítesis. Por cierto que había tensión entre los cristianos judíos y los gentiles, y debido a la actividad de los judaizantes parecía factible que se produjera una seria división, hasta que la cuestión fue resuelta por el Concilio de Jerusalén. Lucas no oculta esto. También es cierto que en Antioquía Pablo se opuso públicamente a Pedro, cara a cara,²⁷ por haberse retraído de la comunión con los creyentes gentiles. Pero este enfrentamiento fue excepcional y transitorio; Pablo escribió sobre el incidente a los gálatas usando el tiempo verbal pasado. Pedro se recuperó de este desliz momentáneo. La reconciliación entre los dos líderes apostólicos fue real, no ficticia, y lo que destacan Hechos, los capítulos 1 y 2 de Gálatas y 1 Corintios 15.11, es la coincidencia entre los apóstoles en cuanto al evangelio.

Lucas no inventó esta armonía apostólica, como sugirió Baur: más bien la observó y la registró. Es evidente que en su relato le da prominencia a Pedro (capítulos 1—12) y a Pablo (capítulos 13—28). Parecería probable, además, que de manera deliberada los presenta como ejerciendo ministerios paralelos, más que divergentes. Las semejanzas son notables. Así, tanto Pedro como Pablo estaban llenos del Espíritu Santo (4.8 y 9.17; 13.9); ambos predicaban la Palabra de Dios con denuedo (4.13, 31 y 9.27, 29); ambos daban testimonio ante auditorios judíos sobre Jesús crucificado, resucitado y reinante, en cumplimiento de las Escrituras, como el camino a la salvación (por ej. 2.22ss y 13.16ss); ambos predicaban tanto a gentiles como también a judíos (10.34ss y 13.46ss); ambos recibieron visiones que proporcionaron orientación fundamental a la misión de la iglesia en desarrollo (10.9ss; 16.9); ambos fueron encarcelados por su testimonio

con respecto a Jesús, y luego fueron liberados milagrosamente (12.7ss y 16.25ss); ambos sanaron a un paralítico de nacimiento: Pedro en Jerusalén y Pablo en Listra (3.2ss y 14.8ss); ambos curaron a otras personas enfermas (9.41 y 28.8); ambos exorcizaron espíritus impuros (5.16 y 16.18); ambos poseían tales poderes extraordinarios que había gente que era sanada por la sombra de Pedro y por los pañuelos y delantales de Pablo (5.15 y 19.12); ambos levantaron muertos, Tabita en Jope en el caso de Pedro, y Eutico en Troas en el caso de Pablo (9.36ss y 20.7ss); ambos invocaron el juicio de Dios, sobre un hechicero y un falso maestro, Pedro en el caso de Simón el mago en Samaria y Pablo en el caso de Elymas en Pafos (8.20ss y 13.6ss); y ambos rechazaron la adoración de otros hombres: Pedro en el caso de Cornelio y Pablo en el caso de los de Listra (10.25–26 y 14.11ss).

Cierto es que estos paralelos se encuentran esparcidos en Hechos y que no aparecen asociados entre sí. No obstante, allí están. Difícilmente sea un hecho accidental. Con seguridad que Lucas los incluye en su narración con el fin de mostrar, por su caracterización de Pedro y Pablo, que ambos eran apóstoles de Cristo, que tenían el mismo encargo, el mismo evangelio y la misma autenticación. Es así como puede llamársele un ‘pacificador’, alguien que quería demostrar la unidad de la iglesia primitiva.

c. Lucas el teólogo-evangelista

El valor de la ‘crítica de la redacción’ está en que presenta a los autores de los Evangelios y de Hechos, no como editores de ‘tijeras y engrudo’ sin imaginación, sino como teólogos por derecho propio, como personas que seleccionaban y organizaban concienzudamente su material y lo presentaban con el fin de destacar su propósito pastoral particular. La crítica de la redacción comenzó a aplicarse a Hechos en la década de 1950, primero por Martin Dibelius (1951), luego por Hans Conzelmann (1954)²⁸ y más tarde por Ernst Haenchen (1956) en su comentario. Lamentablemente, estos estudiosos alemanes creían que Lucas se ocupaba de sus preocupaciones teológicas a expensas de su confiabilidad histórica. El profesor Howard Marshall, sin embargo, quien se ha basado en la obra de ellos (mientras al mismo tiempo la sometía a una crítica rigurosa), especialmente en su excelente estudio *Luke: Historian and Theologian* [Lucas: Historiador y teólogo] (1970), sostiene que no debemos contraponer a Lucas el historiador y Lucas

el teólogo, porque era ambas cosas, y cada uno de estos énfasis exige el otro:

Lucas es *tanto* historiador *como* teólogo, y ... el término más apropiado para describirlo es 'evangelista', término que, en nuestra opinión, incluye a los otros dos. ... Como teólogo interesaba a Lucas que su mensaje acerca de Jesús y la iglesia primitiva tuviera como base historia confiable. ... Ponía su historia al servicio de su teología.²⁹

Además, Lucas era 'tanto un historiador confiable como un buen teólogo. ... Creemos que la validez de su teología se sostiene o cae con la confiabilidad de la historia en la que está basada. ... La preocupación de Lucas está vinculada a la significación salvífica de la historia antes que con la historia misma como meros hechos'.³⁰

En particular, entonces, Lucas fue un teólogo de la salvación. La salvación, escribió Howard Marshall, 'es el tema central de la teología de Lucas',³¹ tanto en el Evangelio (en el que la vemos lograda) y como Hechos (en el que la vemos proclamada). Michael Green había llamado la atención a esto en su *The Meaning of Salvation* [El significado de la salvación]: 'Es difícil sobreestimar la importancia de la salvación en los escritos de Lucas ...', escribió. 'Es sorprendente ... que en vista de la frecuencia con la que Lucas usa terminología salvífica, no se le haya prestado más atención'.³²

La teología de la salvación que encontramos en Lucas ya se anticipa en el 'Cántico de Simeón' o *Nunc Dimittis* que recoge en su Evangelio.³³ Se destacan tres verdades fundamentales.

En primer lugar, *la salvación ha sido preparada por Dios*. Al hablar con Dios, Simeón se refiere a 'tu salvación, que has preparado a la vista de todos los pueblos' (Lucas 2.30-31). Lejos de ser una ocurrencia tardía, había sido planeada y prometida durante siglos. El mismo énfasis reaparece en el libro de Hechos. En los sermones de Pedro y de Pablo, para no mencionar la defensa de Esteban, la muerte, la resurrección y el reinado de Jesús, como también el don del Espíritu, aparecen todos como la culminación de siglos de promesas proféticas.

Segundo, *la salvación es concedida por Cristo*. Cuando Simeón le habló a Dios sobre 'tu salvación', que él había visto con sus propios

ojos, se refería al niño Jesús a quien había sostenido en sus brazos y que había ‘nacido ... un Salvador’ (Lucas 2.11). Posteriormente Jesús mismo hizo la afirmación inequívoca de que había venido ‘a buscar y a salvar lo que se había perdido’ (Lucas 19.10), y lo ilustró mediante sus tres famosas parábolas de la condición perdida del hombre (Lucas 15.1–32). Luego, después de su muerte y resurrección, sus apóstoles declararon que el perdón de los pecados estaba disponible a todos los que se arrepienten y creen en Jesús (Hechos 2.38–39; 13.38–39). De hecho, la salvación no había de encontrarse en ningún otro (Hechos 4.12). Porque Dios había exaltado a Jesús a su diestra ‘como Príncipe y Salvador, para que diera ... arrepentimiento y perdón de pecados’ (Hechos 5.31).

En tercer lugar, *la salvación se ofrece a todos los pueblos*. Como lo expresó Simeón, ha sido preparada ‘en la presencia de todos los pueblos’ (literalmente), para ser tanto una luz para las naciones como la gloria de Israel (Lucas 2.31–32). Sin duda alguna es esta la verdad sobre la que Lucas pone el mayor énfasis. En Lucas 3.6, con referencia a Juan el Bautista, continúa con su cita de Isaías 40, más allá de donde se detienen Mateo y Marcos, con el propósito de incluir la declaración de que ‘todo mortal verá la salvación de Dios’. En Hechos 2.17 anota la cita que hace Pedro de la promesa de Dios dada a través de Joel: ‘Derramaré mi Espíritu sobre todo el género humano.’ Las dos palabras, *pasa sarx*, ‘todo mortal’ o ‘todo el género humano’, aparecen con una señal cerca del comienzo de cada uno de los dos tomos de Lucas, en ambos casos insertas en la profecía del Antiguo Testamento, para destacar el mensaje principal del autor. Jesús es el Salvador del mundo; nadie está más allá del alcance de su amor. En su Evangelio, Lucas muestra la compasión de Jesús por aquellos sectores de la comunidad a los que otros despreciaban, a saber las mujeres y los niños, los pobres, los enfermos, los pecadores y los desterrados, los samaritanos y los gentiles. En Hechos, Lucas explica cómo fue que Pablo se volvió hacia los gentiles, y describe el triunfal progreso del evangelio desde Jerusalén, la capital de los judíos, hasta Roma, la capital del mundo.

La prominencia que se le da al ofrecimiento universal del evangelio proviene con particular acierto de la pluma de Lucas. Porque él es el único gentil que escribe en el Nuevo Testamento.³⁴ Culto y gran viajero, es el único escritor de los Evangelios que llama ‘lago’ al mar de

Galilea, porque tiene la posibilidad de compararlo con el Mar Grande, el Mediterráneo. Conoce los amplios horizontes del mundo greco-romano, tanto su historia como su geografía. De modo que ubica su relato sobre Jesús y la iglesia primitiva contra el fondo del conjunto de los acontecimientos contemporáneos. Además, se vale del vocablo *oikoumenē*, ‘la tierra deshabitada’, con más frecuencia que todos los demás escritores del Nuevo Testamento juntos (ocho veces).

Pero Lucas, el teólogo de la salvación, es esencialmente el evangelista. Porque proclama el evangelio de la salvación de parte de Dios en Cristo para todos los pueblos. De allí su inclusión en Hechos de tantos sermones y discursos, dados especialmente por Pedro y por Pablo. No sólo los muestra predicando a sus oyentes originales, sino que también les da la posibilidad de predicar para quienes los escuchamos siglos más tarde. Porque, como lo dijo Pedro el día de pentecostés, la promesa de salvación es para nosotros también, y para todas las generaciones; más todavía, ‘para todos aquellos a quienes el Señor nuestro Dios quiera llamar’ (Hechos 2.39).

2. Introducción a Hechos | Hechos 1.1–5

A continuación de nuestra introducción general a Lucas, y de lo que se propuso al escribir, pasamos ahora más particularmente a Hechos y a su prefacio. Es preciso que notemos cuidadosamente la forma en que Lucas entendía tanto la relación entre sus dos tomos como el papel fundacional que cumplían los apóstoles.

a. Los dos tomos de Lucas

^{1.1}Estimado Teófilo, en mi primer libro me referí a todo lo que Jesús comenzó a hacer y enseñar ²hasta el día en que fue llevado al cielo, luego de darles instrucciones por medio del Espíritu Santo a los apóstoles que había escogido.

Aquí Lucas nos cuenta cómo entiende su obra en dos tomos relacionados con los orígenes del cristianismo, la que equivale aproximadamente a una cuarta parte del Nuevo Testamento. No considera que su primer tomo sea la narración de *Jesucristo* desde su nacimiento, a través de sus sufrimientos y muerte, hasta su triunfal resurrección

y ascensión, y el tomo dos como el relato de *la iglesia de Jesucristo* desde su nacimiento en Jerusalén, pasando por sus sufrimientos por la persecución, hasta su triunfal conquista de Roma unos treinta años más tarde. Porque el paralelo que traza como contraste entre sus dos tomos no es entre Cristo y su iglesia, sino entre dos etapas del ministerio de Cristo. En su **primer libro** ha relatado **todo lo que Jesús comenzó a hacer y enseñar hasta el día en que fue llevado al cielo**, por cuanto era ‘poderoso en obras y en palabras delante de Dios y de todo el pueblo’;³⁵ y da a entender que en su segundo libro escribirá acerca de lo que Jesús siguió haciendo y enseñando después de su ascensión, especialmente por medio de los apóstoles. Lucas se propone registrar fielmente los sermones y las ‘señales y maravillas’ que acreditaban a Jesucristo. Así el ministerio de Jesús en la tierra, realizado en forma personal y pública, fue seguido por su ministerio desde el cielo, llevado a cabo por medio de su Espíritu Santo y sus apóstoles. Más aun, la línea divisoria entre los dos fue la ascensión. No sólo sirvió para finalizar el primer libro³⁶ de Lucas y dar comienzo al segundo (Hechos 1.9), sino que dio término al ministerio terrenal de Jesús, a la vez que inauguró su ministerio celestial.

¿Cuál es, entonces, el título acertado para el segundo tomo de Lucas? Su nombre popular, es ‘El Libro de los Hechos’, y este título se justifica por el Códice Sinaítico del siglo IV, donde simplemente tiene como encabezamiento *Praxeis*, ‘Hechos’. Pero no nos dice de quién o de quiénes son los actos que describe Lucas, como tampoco nos ayuda a distinguir su libro de obras apócrifas posteriores como *Hechos de Juan*, *Hechos de Pablo* y *Hechos de Pedro*, todas del siglo II, y *Hechos de Andrés* y *Hechos de Tomás*, del siglo III. Todas estas eran historias piadosas destinadas a enaltecer la reputación del apóstol del que se trataba, especialmente mediante milagros legendarios, y generalmente con el objeto de promover bajo su autoridad alguna tendencia no ortodoxa.³⁷

El título tradicional desde el segundo siglo ha sido ‘Los Hechos de los Apóstoles’. Y por cierto que son apóstoles los que ocupan el centro del escenario de Lucas: primero Pedro y Juan (capítulos 1—8), luego Pedro por su cuenta (capítulos 10—12), Jacobo como presidente del Concilio de Jerusalén (capítulo 15), y Pablo (capítulos 9 y 13—28). Sin embargo, este título está demasiado centrado en los hombres;

deja de lado el poder divino por obra del cual hablaron y actuaron los apóstoles.

Otros han propuesto el título 'Los Hechos del Espíritu Santo'; por ejemplo, Johann Albrecht en el siglo XVIII. Escribió que el segundo tomo de Lucas 'describe, no tanto los hechos de los apóstoles, como los hechos del Espíritu Santo, así como el tratado anterior contiene los hechos de Jesucristo'.³⁸ Este concepto fue popularizado por Arthur T. Pierson, cuyo comentario (1895) se publicó con ese título:

A este libro podríamos, tal vez, aventurarnos a llamarlo los *Hechos del Espíritu Santo*, porque de comienzo a fin es el registro de su advenimiento y actividad. Aquí se lo ve llegar y trabajar. ... Pero (a saber, solo) se reconoce a un Actor y Agente verdadero, ya que todos los demás así llamados actores u obreros son meros instrumentos suyos; el agente es el que actúa, quien a su vez se vale de un instrumento.³⁹

Pierson termina su libro con un tremendo desafío:

¡Iglesia de Cristo! Los registros de estos hechos del Espíritu Santo jamás se han completado. Este es el único libro que no tiene una conclusión concreta, porque espera que se le agreguen nuevos capítulos tan pronto como el pueblo de Dios vuelva a instalar al bendito Espíritu en su santo sitio de control.⁴⁰

Por cierto que se trata de una saludable alternativa. A lo largo del relato de Lucas aparecen referencias a la promesa, al don, al derramamiento, al bautismo, a la plenitud, al poder, al testimonio y a la guía del Espíritu Santo. Sería imposible explicar el progreso del evangelio aparte de la obra del Espíritu. No obstante, si el título 'Los Hechos de los Apóstoles' destaca excesivamente el elemento humano, 'Los Hechos del Espíritu Santo' destaca excesivamente el divino, por cuanto pasa por alto a los apóstoles como los principales personajes por medio de los cuales obra el Espíritu. También resulta contradictorio frente al primer versículo de Lucas, que da a entender que las acciones y las palabras que registra son las del Cristo ascendido que obra por medio del Espíritu Santo, quien, como sabe Lucas, es 'el Espíritu de Jesús' (Hechos 16.7). Por lo tanto, el título más acertado (si bien demasiado largo y pesado) para hacer justicia a las propias palabras de Lucas en

los versículos 1–2, sería algo así: ‘La continuidad de las palabras y los hechos de Jesús por su Espíritu a través de sus apóstoles.’

Los dos primeros versículos de Lucas son, por lo tanto, extremadamente significativos. No es exagerado decir que separan al cristianismo de todas las demás religiones. Estas consideran que su fundador completó su ministerio durante su vida; Lucas dice que Jesús solamente comenzó el suyo. Desde luego que completó la obra de la expiación, aunque ese final fue también un comienzo. Porque después de su resurrección, ascensión y envío del Espíritu continuó su obra; primero y principalmente por medio del ministerio fundacional y único de los apóstoles que escogió, y posteriormente por medio de la iglesia de todos los períodos y lugares. Este, en consecuencia, es el tipo de Jesucristo en el cual creemos: es tanto el Jesús histórico que vivió y el Jesús contemporáneo que vive. El Jesús de la historia comenzó su ministerio en la tierra; el Cristo de gloria ha mantenido su actividad desde entonces por medio de su Espíritu, de conformidad con su promesa de estar con su pueblo ‘siempre, hasta el fin del mundo.’⁴¹

b. El ministerio fundacional de los apóstoles

^{1,2}... fue llevado al cielo, luego de darles instrucciones por medio del Espíritu Santo a los apóstoles que había escogido. ³Después de padecer la muerte, se les presentó dándoles muchas pruebas convincentes de que estaba vivo. Durante cuarenta días se les apareció y les habló acerca del reino de Dios. ⁴Una vez, mientras comía con ellos, les ordenó: ‘—No se alejen de Jerusalén, sino esperen la promesa del Padre, de la cual les he hablado: ⁵Juan bautizó con agua, pero dentro de pocos días ustedes serán bautizados con el Espíritu Santo’.

Ya hemos dicho que la ascensión fue la línea divisoria entre dos fases del ministerio de Jesucristo, la terrena y la celestial. Ahora tenemos que tomar nota de que no fue llevado al cielo, sino luego de que hubo dado instrucciones por medio del Espíritu Santo a los apóstoles que había escogido. Esto se destaca claramente en su forma griega, que dice literalmente: ‘Hasta el día en que, habiendo instruido a sus apóstoles escogidos por medio del Espíritu Santo, fue levantado.’ Así, antes de terminar su ministerio personal en la tierra, deliberadamente

Jesús hizo provisión para su continuidad, todavía en la tierra (por medio de los apóstoles) pero desde el cielo (por medio del Espíritu Santo). Dado que los apóstoles ocupaban una posición única, también recibieron una preparación única. Lucas menciona cuatro etapas.

(i) Jesús los eligió

Se trataba de los apóstoles que había escogido (2). Lucas usa el mismo verbo *eklegomai* en su relato del llamado y la elección de los Doce por Jesús, ‘a los que nombró apóstoles,’⁴² y volverá a usarlo cuando se proponga a dos hombres para llenar el vacío dejado por Judas; los creyentes oran diciendo, ‘Señor, ... muéstranos a cuál de estos dos has elegido’ (1.24). Es interesante que el mismo verbo se usa también posteriormente en relación con Pablo. El Señor resucitado se lo describe a Ananías como ‘instrumento escogido para dar a conocer ... a las naciones ...’ (9.15), y Ananías transmite este mensaje a Pablo: ‘El Dios de nuestros antepasados te ha escogido ... tú le serás testigo ...’ (22.14–15). De esta manera se recalca que ninguno de los apóstoles se designó a sí mismo, ni fue designado por ningún ser humano, ni comisión, sínodo o iglesia, sino que todos (los Doce, Matías y Pablo) fueron directa y personalmente escogidos y designados por Jesucristo mismo.

(ii) Jesús se presentó ante ellos

Los otros evangelistas han indicado que Jesús designó a los Doce ‘para que lo acompañaran’ y que de este modo estuvieran especialmente preparados para dar testimonio de él.⁴³ Los testigos fundacionales tenían que ser testigos oculares.⁴⁴ El sucesor de Judas, dijo Pedro, tenía que ser alguien que hubiera estado con los Doce ‘todo el tiempo que el Señor Jesús vivió entre nosotros, desde que Juan bautizaba hasta el día en que Jesús fue llevado de entre nosotros’ (1.21–22). En particular debía ser ‘testigo de la resurrección’ (1.22; ver 10.41). Así que, **después de padecer la muerte**, el Señor resucitado se ... **presentó ... vivo** ante estos hombres (3). Lucas destaca este hecho. Jesús les dio **muchas pruebas convincentes** (*tekmērion* es una ‘prueba convincente, decisiva’, BAGD) de que estaba vivo ... **se les apareció** (haciéndose visible) ... **y les habló acerca del reino de Dios** (de manera que oyeron, además de verlo). Por otra parte, **comía con ellos** (por lo menos **una vez**) lo cual indica que no se trataba de un fantasma, sino que se lo podía

tocar (10.41).⁴⁵ De modo que se presentó ante sus sentidos: sus ojos, oídos y manos. Semejante experiencia objetiva del Señor resucitado era una condición indispensable para un apóstol, lo cual explica por qué Pablo podía ser uno de ellos,⁴⁶ además de Jacobo,⁴⁷ y por qué no ha habido ningún apóstol comparable a ellos desde entonces, y por qué no puede haberlos hoy.

(iii) Jesús les ordenó o los comisionó

Además de hablarles sobre el reino de Dios (3) y el Espíritu Santo (4-5), aspectos que volveremos a considerar en el próximo capítulo, les dio ciertas **instrucciones por medio del Espíritu Santo** (quien inspiraba toda su enseñanza⁴⁸). ¿Cuáles fueron estos mandamientos? Es interesante descubrir que el Texto Occidental⁴⁹ o de Beza contesta esta pregunta cuando agrega 'los apóstoles que había escogido y a los que había mandado a predicar el evangelio'. Si esto es correcto, luego las instrucciones del Señor resucitado no eran otra cosa que su gran comisión, que Lucas ya había registrado al final de su Evangelio en cuanto a la predicación del arrepentimiento y el perdón en su nombre a todas las naciones,⁵⁰ y que Jesús habrá de repetir pronto en lo concerniente a ser testigos hasta lo último de la tierra (1.8). Por consiguiente, esto agrega un rasgo adicional al retrato de un apóstol. *Apostolos* designaba a un enviado, delegado o embajador, mandado con un mensaje y con la autoridad de quien lo enviaba. Así Jesús eligió a sus apóstoles, y se les apareció después de la resurrección, como actos preliminares relacionados con su envío a predicar y enseñar en su nombre.

(iv) Jesús les prometió el Espíritu Santo

En el aposento alto, según Juan, Jesús ya había prometido a los apóstoles que el Espíritu de la verdad les recordaría lo que él les había enseñado⁵¹ y que lo complementarí con lo que no había llegado a enseñarles.⁵² Ahora Jesús les manda esperar en Jerusalén hasta que hubieran recibido el don prometido (4). Era la promesa de su Padre (4a, presumiblemente mediante profecías tales como Joel 2.28ss., Isaías 32.15 y Ezequiel 36.27), la suya propia (ya que Jesús mismo las había repetido durante su ministerio, 4b), y la de Juan el Bautista, quien había llamado 'bautismo' a dicho 'don' o 'promesa' (5). Ahora Jesús hace eco a las palabras de Juan y agrega que la promesa tres veces

repetida (‘el Espíritu Santo prometido’, 2.33) se ha de cumplir **dentro de pocos días**. De manera que tienen que esperar. Mientras Dios no hubiera cumplido su promesa y ellos no hubieran sido ‘revestidos del poder de lo alto’, no podían cumplir su comisión.⁵³

Aquí tenemos, entonces, la cuádruple preparación de los apóstoles de Cristo. Desde luego que en un sentido secundario todos los discípulos de Jesús podemos afirmar que él nos ha elegido, que se nos ha revelado y nos ha comisionado como testigos, y que no sólo nos ha prometido sino que nos ha dado su Espíritu. No obstante, no es a estos principios generales a los que se refiere Lucas aquí, sino a la dotación especial de un apóstol; a una designación personal como apóstol de Jesús; a una experiencia como testigo ocular del Jesús histórico; a una autorización y encargo por parte de Jesús para hablar en su nombre, y al habilitador Espíritu de Jesús para inspirar su enseñanza. Fueron fundamentalmente estos hombres así preparados mediante los cuales Jesús continuó su ministerio de **hacer y enseñar**, y a quienes Lucas se propone presentarnos en Hechos.

I

En Jerusalén

Hechos 1.6—6.7

1

A la espera de Pentecostés Hechos 1.6–26

El acontecimiento principal en los primeros capítulos de Hechos tuvo lugar el día de Pentecostés, cuando el Señor Jesús, ya exaltado, llevó a cabo la última obra de su carrera salvífica (hasta su nueva venida) y ‘derramó’ el Espíritu Santo sobre su pueblo expectante. Su vida, su muerte, resurrección y ascensión culminaron todos con este gran don, que los profetas habían profetizado y que había de ser reconocido como la principal prueba de que se inauguraba el reino de Dios. Porque la conclusión de la obra de Cristo en la tierra era, al mismo tiempo, un nuevo comienzo. Así como el Espíritu descendió sobre Jesús a fin de dotarlo para su ministerio público,¹ así también ahora el Espíritu había descendido sobre su pueblo con el fin de dotarlo para el suyo. El Espíritu Santo no solamente les concedería la salvación que Jesús había logrado mediante su muerte y resurrección, sino que habría de impulsarlos a proclamar en todo el mundo las buenas noticias de dicha salvación. La salvación fue provista para ser compartida.

Sin embargo, antes del día de Pentecostés debía darse un período de espera de cuarenta días entre la resurrección y la ascensión de Jesús (1.3), y de diez más entre la ascensión y Pentecostés. Las instrucciones de Jesús fueron perfectamente claras, y Lucas las repite para realzarlas, primero al final de su Evangelio y luego al comienzo de Hechos. ‘Quédense en la ciudad hasta que sean revestidos del poder de lo alto.’² ‘No se alejen de Jerusalén, sino esperen la promesa del Padre, de la cual les he hablado’ (1.4). Aun así, durante el período de espera de cincuenta días no estuvieron inactivos. En primer lugar, recibieron el encargo (1.6–8). Segundo, vieron a Cristo subir al cielo (1.9–12). Tercero, perseveraron juntos en oración, presumiblemente pidiendo que llegara el Espíritu (1.13–14). Y en cuarto lugar, reemplazaron a Judas por Matías, como el duodécimo apóstol (1.21–26).

1. A LA ESPERA DE PENTECOSTÉS

No es que debamos pensar que estas actividades fueran puramente humanas. Porque fue Cristo quien los comisionó, subió al cielo, les prometió el Espíritu por el cual oraban, y eligió al nuevo apóstol. El doctor Richard Longenecker va más allá y considera a estos cuatro factores como ‘los elementos constitutivos de la misión cristiana’, a saber: el mandato a testificar, el Señor ascendido que dirige la misión desde el cielo, la centralidad de los apóstoles en esta tarea, y la venida del Espíritu para darles poder.³ Solo cuando estos cuatro elementos estuviesen en su lugar podía comenzar la misión.

1. Los apóstoles recibieron la comisión | 1.6–8

^{1,6}Entonces los que estaban reunidos con él le preguntaron:

—Señor, ¿es ahora cuando vas a restablecer el reino a Israel?

⁷—No les toca a ustedes conocer la hora ni el momento determinados por la autoridad misma del Padre —les contestó Jesús—. ⁸Pero cuando venga el Espíritu Santo sobre ustedes, recibirán poder y serán mis testigos tanto en Jerusalén como en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra.

Lucas nos dice lo que Jesús les enseñó durante los cuarenta días en los cuales el Señor resucitado ‘se presentó ... vivo’ ante los apóstoles, y les dio ‘muchas pruebas convincentes’ (3). Primero, les ‘habló acerca del reino de Dios’ (3), tema que lo había ocupado prioritariamente durante su ministerio público y que, por cierto (a juzgar por el uso del participio presente *legōn*, ‘hablando’), siguió ocupándolo después de su resurrección. En segundo lugar, les mandó que esperaran el don o bautismo del Espíritu, que les había sido prometido, tanto por el Padre como por Juan el Bautista, y que estaban a punto de recibir, ‘dentro de pocos días’ (4–5).

Parecería, entonces, que los dos temas principales de la conversación de Jesús entre el momento de su resurrección y su ascensión fueron el reino de Dios y el Espíritu de Dios. Incluso, es probable que los haya relacionado entre sí, ya que es indudable que con frecuencia los habían asociado los profetas. Cuando Dios establezca el reino del Mesías, decían, derramará de su Espíritu; esta efusión generosa y el

disfrute universal del Espíritu será una de las principales señales y bendiciones de su reinado; y por cierto que el Espíritu de Dios hará del gobierno de Dios una realidad presente y activa para su pueblo.⁴

De modo, entonces, que la pregunta que hicieron a Jesús los apóstoles cuando se reunieron (**Señor, ¿es ahora cuando vas a restablecer el reino a Israel?**, 6) no era tan impropio como parecería serlo. Porque si estaba a punto de llegar el Espíritu, como había dicho él, ¿acaso no significaba que el reino también estaba a punto de llegar? El error que cometieron fue no entender ni la naturaleza del reino ni la relación entre el reino y el Espíritu. La pregunta habrá desilusionado profundamente a Jesús. ¿Seguían siendo tan incapaces para percibir el mensaje? Como lo comentó Calvino, ‘hay tantos errores en esta pregunta como palabras tiene.’⁵ El verbo, el sustantivo y el adverbio de la pregunta delatan, todos, una confusión doctrinal acerca del reino. Porque el verbo **restablecer** pone de manifiesto que esperaban un reino político y territorial; el sustantivo **Israel**, que esperaban un reino nacional; y el adverbio **ahora** que esperaban su inmediata instauración. En su respuesta (7–8) Jesús corrigió esas nociones erróneas en cuanto a la naturaleza, la extensión y la venida del reino.⁶

a. El reino de Dios es espiritual en su carácter

En el lenguaje corriente, por supuesto, un ‘reino’ es generalmente una esfera territorial que puede ubicarse en un mapa, como el reino hachemita de Jordania, el reino hindú de Nepal, el reino budista de Tailandia, o el Reino Unido de la Gran Bretaña. Pero el reino de Dios no es un concepto territorial. No figura en ningún mapa, y tampoco puede. Sin embargo, esto es lo que los apóstoles todavía concebían cuando confundían el reino de Dios con el reino de Israel. Eran como los miembros del remanente justo de Israel a quienes menciona Lucas en su Evangelio como el que ‘esperaba el reino de Dios’ o ‘la redención de Israel’,⁷ y como los que se dirigían a Emaús, que ‘[abrigaban] la esperanza de que era él [Jesús] quien redimiría a Israel’,⁸ pero que se habían desilusionado debido a la cruz. Sin duda la esperanza de los apóstoles había cobrado nuevos bríos, por la resurrección. Todavía soñaban con el dominio político, con el restablecimiento de la monarquía, con la liberación de Israel del yugo colonialista de Roma.

En su respuesta Jesús volvió al tema del Espíritu Santo. Habló sobre el descenso del Espíritu sobre ellos, y sobre el poder que les impartiría

1. A LA ESPERA DE PENTECOSTÉS

para ser sus testigos (8). En las notables palabras de Charles Williams, Jesús se separó de ellos ‘repartiendo promesas de poder.’⁹ Es importante recordar que su promesa de que recibirían poder formaba parte de su contestación a la pregunta acerca del reino. Porque el ejercicio del poder es inherente al concepto de reino. Pero el poder en el reino de Dios es diferente al poder en los reinos humanos. La referencia al Espíritu Santo define su naturaleza. El reino de Dios es su gobierno instaurado en la vida de su pueblo por el Espíritu Santo. Se extiende por medio de testigos, no por medio de soldados; mediante un evangelio de paz, no mediante una declaración de guerra por obra del Espíritu, no por la fuerza de las armas, la intriga política o la violencia revolucionaria. Al mismo tiempo, al rechazar la politización del reino, debemos tener cuidado de no ir al extremo opuesto y espiritualizarlo en exceso, como si el gobierno de Dios operara sólo en el cielo y no en la tierra. El hecho es que, si bien no ha de identificárselo con ninguna ideología o programa político, tiene fuertes connotaciones políticas y sociales. Los valores del reino de Dios entran en colisión con los valores de este mundo. Además, los ciudadanos del reino niegan en forma terminante al César la lealtad suprema por la que este se desvive, y que ellos insisten en conceder solamente a Jesús.

b. El reino de Dios es internacional en su composición

Los apóstoles mantenían aspiraciones estrechas, nacionalistas. Preguntaron a Jesús si estaba a punto de restaurar a Israel su independencia nacional, independencia que los macabeos habían reconquistado en el segundo siglo a.C. por un breve pero efervescente período, y luego habían vuelto a perder.

En su respuesta Jesús amplió sus horizontes. Prometió que el Espíritu Santo les daría poder para ser sus testigos. Desde luego que comenzarían en Jerusalén, la capital nacional en la que había sido condenado y crucificado, y de donde no debían irse antes de que llegara el Espíritu. Proseguirían en el entorno inmediato de Judea. Pero luego la misión cristiana se ampliaría a partir de dicho centro, de conformidad con la antigua profecía de que ‘de Sión saldrá la enseñanza, de Jerusalén la palabra del Señor,’¹⁰ en primer término a la despreciada Samaria, y luego mucho más allá de Palestina a las naciones gentiles, **hasta los confines de la tierra**. La tesis de Johannes Blauw en

su libro *The Missionary Nature of the Church* [El carácter misionero de la iglesia] propone que la perspectiva del Antiguo Testamento incluía la preocupación por las naciones (Dios las hizo y vendrán y se inclinarán ante él), pero no por la misión a las naciones (para ir a ganarlas). Incluso la visión de los últimos días es la de un ‘peregrinaje de las naciones’ al monte Sión: ‘Hacia él confluirán todas las naciones.’¹¹ Sólo en el Nuevo Testamento, agrega Blauw, se remplace una ‘conciencia misionera centrípeta’ por una ‘actividad misionera centrífuga’, y ‘el momento crítico es el de la resurrección, después de lo cual Jesús recibe autoridad universal y entrega a su pueblo una comisión universal para salir a discipular a las naciones.’¹²

El mandato del Señor resucitado para llevar a cabo la misión empieza a cumplirse en Hechos. A decir verdad, como lo han señalado muchos comentaristas, Hechos 1.8 es una especie de ‘Índice’ de todo el libro. Los capítulos 1–7 describen los acontecimientos en Jerusalén, el capítulo 8 menciona la dispersión de los discípulos ‘por las regiones de Judea y Samaria’ (8.1), prosigue a registrar la evangelización de una ciudad samaritana por Felipe (8.5–24), y enseguida la de ‘muchas poblaciones de los samaritanos’ por parte de los apóstoles Pedro y Juan (8.25), mientras que la conversión de Saulo en el capítulo 9 conduce, en el resto del libro, a sus expediciones misioneras y, finalmente, a su viaje a Roma. Porque el reino de Cristo, si bien no es incompatible con el patriotismo, no tolera ningún nacionalismo estrecho. Cristo gobierna sobre una comunidad internacional en la que la raza, la nación, el rango y el sexo no constituyen barreras para la confraternización. Y cuando al final su reino se haya consumado, se verá que la incontable compañía de los redimidos provendrá ‘de todas las naciones, tribus, pueblos y lenguas.’¹³

c. El reino de Dios es gradual en su expansión

La pregunta de los apóstoles incluía una referencia específica al momento: —Señor, ¿es *ahora* cuando vas a restablecer el reino a Israel? (1.6). O, ¿es *ahora* cuando vas a restaurar la soberanía de Israel?’ (BP). Esta había sido la esperanza de muchos durante el ministerio público de Jesús, como Lucas deja claro en su Evangelio. Lucas incorpora una parábola que, explica él, Jesús contó ‘porque estaba cerca de Jerusalén y la gente pensaba que el reino de Dios iba a manifestarse en cualquier momento.’¹⁴ De modo que los apóstoles

1. A LA ESPERA DE PENTECOSTÉS

preguntaron si Jesús haría ahora, después de su resurrección, lo que ellos habían esperado que hiciera durante su vida; además, ¿lo haría en forma inmediata?

La respuesta del Señor fue doble. Primero, **No les toca a ustedes conocer la hora ni el momento determinados por la autoridad misma del Padre** (7). ‘Horas’ (*chronoi*) y ‘momentos’ (*kairoi*) conforman conjuntamente el plan de Dios, ‘las horas o momentos críticos de su historia y los *momentos* o las épocas de su desarrollo ordenado.’¹⁵ La pregunta de los apóstoles delataba ya sea su curiosidad o su impaciencia, o ambas cosas. Porque el Padre mismo había fijado los tiempos con su propia autoridad, y el Hijo había confesado que él no sabía ni el día ni la hora de su regreso (*parousia*).¹⁶ De modo que tienen que frenar su deseo de saber, y estar dispuestos a quedar en la ignorancia. No es sólo en relación con el cumplimiento de las profecías, sino también en relación con muchas otras verdades no reveladas, que Jesús sigue diciéndonos, ‘no les toca a ustedes conocer’. Lo ‘secreto’ pertenece a Dios, y no deberíamos tratar de averiguarlo; lo ‘revelado’ es lo que nos pertenece a nosotros, y con ello deberíamos conformarnos.¹⁷

Segundo, aunque no habían de conocer la hora ni el momento, lo que sí debían saber era que habían de recibir poder, de manera que, entre la venida del Espíritu y la segunda venida del Hijo, habrían de ser sus testigos en círculos cada vez más amplios. De hecho, todo el período intermedio entre Pentecostés y la parusía (por largo o corto que fuese) se ha de llenar con la misión global de la iglesia en el poder del Espíritu. Los seguidores de Cristo tenían que anunciar lo que él había obtenido con su primera venida, e invitar a la gente a arrepentirse y creer, como preparación para su segunda venida. Debían ser testigos **hasta los confines de la tierra** (1.8) y ‘hasta el fin del mundo’¹⁸ Este constituyó un tema de importancia para el obispo Lesslie Newbigin en su libro *The Household of God* [La familia de Dios]:

La Iglesia es el pueblo peregrino de Dios. Está en marcha, apresurándose a llegar hasta lo último de la tierra con el fin de exhortar a todos los hombres a reconciliarse con Dios, y apresurándose a llegar hasta lo último de la tierra con el fin de encontrarse con su Señor, quien ha de reunir a todos

en un único cuerpo. ... No puede entenderse este tema adecuadamente si no es en una perspectiva que sea a la vez misionera y escatológica.¹⁹

No tenemos libertad para detenernos hasta que ambos extremos hayan sido alcanzados. Por cierto que los dos extremos, enseñó Jesús, habrían de coincidir, ya que solamente cuando el evangelio del reino haya sido predicado en todo el mundo como testimonio a las naciones, entonces ‘vendrá el fin.’²⁰

De modo que esta constituyó la sustancia de la enseñanza del Señor (como también la de los Evangelios) durante los cuarenta días entre la resurrección y la ascensión: cuando el Espíritu vino con poder, el largamente prometido reino de Dios, que Jesús había inaugurado y proclamado, comenzaría a extenderse. Sería espiritual en carácter (transformaría la vida y los valores de sus ciudadanos), sería internacional en su composición (incluiría tanto a gentiles como a judíos) y gradual en su expansión (comenzaría de inmediato en Jerusalén, y luego iría creciendo hasta llegar al fin del siglo y alcanzar lo último del espacio terrenal). Esta visión y esta comisión sin duda orientaron las oraciones de los discípulos durante sus diez días de espera antes de Pentecostés. Pero antes de que pudiera venir el Espíritu, el Hijo debía partir. Este es el siguiente tema de Lucas.

2. Vieron a Jesús subir al cielo | 1.9–12

^{1,9}Habiendo dicho esto, mientras ellos lo miraban, fue llevado a las alturas hasta que una nube lo ocultó de su vista. ¹⁰Ellos se quedaron mirando fijamente al cielo mientras él se alejaba. De repente, se les acercaron dos hombres vestidos de blanco, que les dijeron:

¹¹ —Galileos, ¿qué hacen aquí mirando al cielo? Este mismo Jesús, que ha sido llevado de entre ustedes al cielo, vendrá otra vez de la misma manera que lo han visto irse.

¹²Entonces regresaron a Jerusalén desde el monte llamado de los Olivos, situado aproximadamente a un kilómetro de la ciudad.

1. A LA ESPERA DE PENTECOSTÉS

Por lo menos tres interrogantes surgen en nuestra mente al leer este relato de la ‘ascensión’ de Jesús: literario, histórico y teológico. Primero, ¿acaso no se contradicen mutuamente los dos relatos de Lucas sobre la ascensión?²¹ Segundo, ¿fue literal la ascensión de Jesús? Tercero, en caso afirmativo, ¿tiene alguna significación de carácter permanente?

a. ¿Se contradijo Lucas?

Por cierto que es apropiado, como ya hemos visto, que Lucas haya concluido su primer tomo y comenzado el segundo con el mismo acontecimiento, la ascensión de Jesús, dado que era el final de su ministerio terrenal y el preludio a su ministerio permanente desde el cielo a través del Espíritu. En cambio, dados los antecedentes, es improbable que, al relatar el mismo hecho, el autor se contradijese. Sin embargo, esto es lo que algunos estudiosos modernos sostienen. Ernst Haenchen, por ejemplo, escribe: ‘Dos ascensiones: uno el día de Pascua (Lucas 24.51), el otro, cuarenta días después (Hechos 1.9); sobra uno.’²² Pero en realidad no hay ninguna discrepancia sustancial, y una armonización de ambos relatos es posible sin forzar las evidencias.

Es cierto que en su Evangelio Lucas no menciona en absoluto los cuarenta días. Pero no se justifica sugerir que los había olvidado, o que pensara que la resurrección y la ascensión ocurrieron el mismo día. En el Evangelio se limita a relatar en forma condensada las apariciones posteriores a la resurrección, sin que sintiera que debía aclarar los diferentes momentos y circunstancias. No cabe duda que se refiere a una sola ascensión y no a dos.

También es cierto que cada relato incluye detalles que el otro omite, siendo la versión de Hechos más completa que la del Evangelio. Por ejemplo, al final del Evangelio el Cristo que ascendía levantó las manos para bendecir a los discípulos, y ellos lo adoraron.²³ Lucas omite estas acciones al comienzo de su segundo tomo, pero agrega allí la nube que lo ocultó de la vista de ellos, y la aparición y el mensaje de los **dos hombres vestidos de blanco**, presumiblemente ángeles. Sin embargo, estos rasgos sirven para complementar los relatos en lugar de contraponerlos.

En tercer lugar, es cierto que el relato de Hechos pareciera suponer que Jesús ascendió desde el monte de los Olivos (1.12), monte que correctamente se dice que se encuentra a una distancia de ‘camino

de un sábado' (RVR95), es decir (según la Misná) 2.000 codos o alrededor de **un kilómetro**, mientras que el relato del Evangelio dice que Jesús 'los llevó ... hasta Betania',²⁴ la aldea en la ladera oriental del monte, que se encuentra dos o tres kilómetros más allá de Jerusalén. Conzelmann declara que esto último 'contradice categóricamente la referencia geográfica en Hechos 1.12',²⁵ y Haenchen da por sentado que Lucas 'no poseía una noción exacta de la topografía de Jerusalén'.²⁶ Pero la afirmación en el Evangelio de Lucas bien puede ser intencionalmente imprecisa. No dice que Jesús haya ascendido desde Betania, sino solamente que llevó a los apóstoles en esa dirección; por ello es correcta la traducción de *heōs pros* como 'las proximidades de Betania', como hace LPD.

Habiendo considerado las tres principales supuestas discrepancias (relacionadas con la fecha, los detalles y el lugar), ahora podemos tomar nota de cinco puntos que ambos relatos tienen en común. (i) Ambos dicen que la ascensión de Jesús se produjo a continuación del momento en que encargó a los discípulos que fuesen sus testigos. (ii) Ambos dicen que tuvo lugar fuera y al oriente de Jerusalén, en algún punto del monte de los Olivos. (iii) Ambos dicen que Jesús **fue llevado a las alturas**, donde la voz pasiva indica que la ascensión, como también la resurrección, fue una acción del Padre, el que primero lo levantó de los muertos y luego lo exaltó llevándolo al cielo. Como lo expresó Crisóstomo, 'la carroza real (fue) enviada a buscarlo'.²⁷ (iv) Ambos dicen que después los apóstoles **regresaron a Jerusalén**, y el Evangelio agrega 'con gran alegría'. (v) Y ambos dicen que a continuación esperaron que llegara el Espíritu, de conformidad con el claro mandamiento y la clara promesa del Señor. Así, las evidentes coincidencias son mayores que las aparentes discrepancias. Estas últimas se explican bien si suponemos que Lucas usó de su libertad editorial al elegir los diversos detalles del relato, o los relatos, que había escuchado, no queriendo repetirlos textualmente.

b. ¿Realmente ocurrió la ascensión?

Hoy en día muchas personas, incluso dentro de la iglesia, niegan la historicidad de la ascensión. La creencia en una ascensión literal habría sido aceptable en los días de Lucas, dicen, cuando la gente imaginaba que el cielo estaba 'ahí arriba', de modo tal que Jesús tenía que ser 'llevado a las alturas' con el fin de llegar allí. Pero esa era una

Sin el libro de Hechos, el Nuevo Testamento habría carecido de una parte sumamente importante de su mensaje: la historia de la iglesia primitiva. Resulta un ejercicio saludable para la iglesia en la actualidad compararse con la iglesia del primer siglo y recuperar algo de su confianza, de su entusiasmo, su visión y su poder.

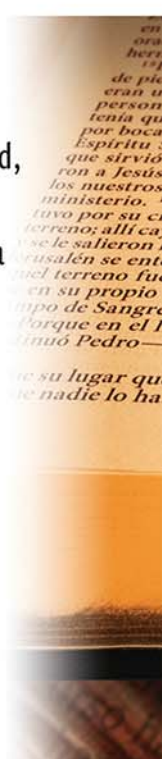
Hechos es un libro indispensable en la Biblia.

Asuntos tales como el bautismo del Espíritu Santo y los dones carismáticos, señales y maravillas, la disciplina de la iglesia y los principios misioneros son muestras de la vigencia que tiene Hechos en nuestra vida cristiana actual.

> **Con guía de estudio**



John Stott es uno de los predicadores y líderes cristianos de mayor prestigio en nuestros días. Es pastor y autor de más de 40 libros traducidos a más de sesenta idiomas. Con sabiduría y autoridad, comparte las enseñanzas bíblicas de una forma profunda pero a la vez práctica y directa. Sus escritos son joyas en cualquier biblioteca, y obligatorios para quien desee acercarse al texto bíblico con una lectura fiel y seria.



ANDAMIO



Certeza Argentina



Ediciones PUMA

Comentarios
Nuevo Testamento

ISBN 978-950-683-160-8



9 789506 831608